

El otro día andaba por la calle sin rumbo definido y me dio por pensar en España y la concepción que los españoles tenemos de la democracia. Me explico. A raíz de los actos que el Foro de Debate Político Ágora realiza se ve que aunque hay personas que pasan por nuestros actos, éstas no captan cual es nuestro mensaje, es decir, por ejemplo para el acto que organizamos con Gaspar Llamazares asistieron cerca de un centenar de personas, pero lo curioso es que cuando organizamos un acto con otro político de otra tendencia, independientemente del número de personas que venga, éstas serán distintas a las que vinieron al acto de Llamazares. Y eso ¿porqué? La respuesta es fácil, la gente no va a escuchar a un político para ver que piensa y adquirir mayores matices sobre la compleja realidad que le rodea. Que va, la gente lo escucha en tanto en cuanto piense como él, solo quiere escuchar sus razones, sus puntos de vista y sus argumentos reflejados en una persona que salga por la tele.

La democracia en España, supongo que en gran parte todavía horrorizados por nuestro pasado más reciente, así como la convivencia pacífica que de este sistema se deriva (expresión que Adolfo Suárez utilizó para definir el objetivo que debía tener el sistema democrático en España) se entiende como ausencia de violencia entre las personas. Entendemos este valor como un valor estático, es decir la discusión en España es visto como algo negativo, ¿porqué? Creemos que el no estar de acuerdo es negativo, ejemplo de ello es lo mal visto que está que dentro de un partido político haya disidencias respecto de la argumentación oficial del partido y ese es el problema. No entendemos que lo malo no es pensar diferente sino el hecho de no poder otorgar la condición de normal y necesario al hecho de pensar distinto y expresarlo así.

El mismo problema tenemos con la tolerancia, valor esencial también en la base democrática. Ésta la concebimos como una especie de dejar pasar por alto a los que no piensan como nosotros, de aceptar que unos están en un bando y los otros en el otro lado. De nuevo entendemos el valor en un sentido estático. No comprendemos que la tolerancia, al igual que los demás valores, implica un constante fluir de ideas entre los ciudadanos.

La democracia exige un constante toma y daca entre las diferentes formas de pensar que conforman el panorama ideológico. Necesitamos debatir y confrontar ideas sin que por ello nos tengamos que atrincherar y que la situación se enrarezca sin remedio.

Y es aquí, en donde mi paseo sin rumbo por las calles de Madrid se empezó a tinter con el color de la indignación. Me vuelvo a explicar. Una vez llegado a este punto comprendí que parte de este problema radicaba en la educación democrática que tenemos en España. Parte de ella nos la dan en casa, parte en el colegio, parte en la calle, y otra parte los políticos. Y es con estos últimos con los que yo veo el mayor problema. Actualmente, y gracias a la televisión, el seguimiento de los acontecimientos políticos es mucho más sencillo, que lástima que dichos acontecimientos no sean más que una constante deconstrucción de los valores aquí arriba expuestos.

Creo que gran parte del problema expresado arriba se lo debemos a los políticos. Unos personajes en su mayoría mediocres, curiosamente los que ocupan puesto de dirección los que más. Políticos que no tienen más horizonte que las siguientes elecciones, que entienden todas sus acciones como el número de votos y no como las personas que detrás se verán afectadas. Personas que en el parlamento, máxima expresión de la voluntad popular y del deseo de los españoles de solucionar los problemas de un modo

civilizado, se hablan de espaldas (Llamazares dixit). Personas que no van a debatir, que van a votar de acuerdo con las directrices de su partido. En el parlamento ya no hay nada que hacer, todo se ha decidido en los pasillos. Y con políticos así esperar que nos den un ejemplo digno y edificante de qué es la democracia no es más que un imposible.

Tenemos solo a políticos, en el mal sentido de la palabra, y España necesita hombres de estado, estadistas. Personas capaces de superar sus propios intereses y mirar más allá de las siguientes elecciones. Necesitamos personas que vean nuestros problemas y la forma de solucionarlos con grandes miras y no con pequeños parches. Es cierto que andamos muy lejos de encontrarnos con políticos así, y también que quizás para la clase política que tenemos ahora mismo, aspiraciones de ese tipo pocas. Estoy de acuerdo, y no espero que ocurra lo contrario hoy en día, pero yo hablo de futuro, y hablo de cosas que ya sucedieron en otras épocas. Hubo hombres de estado, políticos que antepusieron el bien común a sus intereses de partido y a los suyos personales, y es con ese tipo de personas con las que España ha dado saltos cualitativos. El resto de políticos no han hecho más que pasar de puntillas por el escenario.

Tenemos los políticos que nos merecemos, es cierto, pero no deja serlo que también tenemos la llave para echarlos y exigir otros nuevos. La elección de políticos no puede ser una especie de ruleta rusa y que nos toquen además siempre los peores. Debemos poder elegir a lo mejores y echar a los mediocres al cajón del olvido.

No pido una cosa imposible. Insisto en que en otras épocas, como la Restauración o la Transición (por poner dos ejemplos), hubo políticos capaces de dar lo mejor de sí mismos. Y es a eso a lo que debemos aspirar, sin embargo si solo esperamos que el que nos toque no sea demasiado malo, al final nos encontramos lo que hoy día tenemos, un tal ZP instalado en La Moncloa, y a un tal Rajoy instalado en la oposición.

Quizás la política no sea el lugar idóneo para personas idealistas o para los filósofos, pero son personas aferradas a esas ideas las que pueden sacar a España del atolladero en el que se encuentra. La política no es el lugar idóneo para gente de este tipo, pero no porque la política en sí sea un lugar vacío e imposible, sino porque la gente que ocupa ese espacio es mediocre, inútil, convenida y por regla general con escaso equipaje intelectual. Creo que va siendo hora de que las cosas vuelvan a cambiar en este país y aspirar a que nuevos hombres y mujeres dirijan los asuntos públicos de otra manera, de una manera que casi hemos olvidado pero que no por ello deja de ser necesario.